

ANNA TODD

STARS. ESTRELLAS  
LEJANAS

Traducción de Vicky Charques e Isabella Monello

Obra editada en colaboración con Editorial Planeta – España

Título original: *Darkest Moon*

© 2020, Anna Todd

Publicado de acuerdo con Bookcase Literary Agency

© Traducción: Vicky Charques e Isabella Monello (Traducciones Imposibles)

© 2020, Editorial Planeta S.A. – Barcelona, España

Derechos reservados

© 2020, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

[www.planetadelibros.com.mx](http://www.planetadelibros.com.mx)

Primera edición impresa en España: noviembre de 2020

ISBN: 978-84-08-21681-0

Primera edición impresa en México: noviembre de 2020

ISBN: 978-607-07-5980-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso en México –*Printed in Mexico*

## PLAYLIST

*What We Had*, de Sody  
*Falling*, de Harry Styles  
*Possibility*, de Lykke Li  
*Little Do You Know*, de Alex & Sierra  
*July*, de Noah Cyrus  
*Little Bit of You*, de Kevin Garrett  
*idfc*, de blackbear  
*Poser*, de Grace VanderWaal  
*Lost on You*, de Lewis Capaldi  
*Before You Go*, de Lewis Capaldi  
*Hollow*, de James Smith  
*Lost without You*, de Freya Ridings  
*The Light*, de The Album Leaf  
*Lie*, de NF  
*LOVE IN THE DARK*, de Jessie Reyez  
*when the party's over*, de Billie Eilish  
*watch*, de Billie Eilish  
*Rest*, de Minke  
*The Other (Stripped)*, de Lauv  
*Unspoken*, de Aaron Smith  
*Can We Kiss Forever?*, de Kina (feat. Adriana Proenza)

## Capítulo 1

*Kael, 2019*

El mar de ropa negra me hace daño a la vista. Ha pasado mucho tiempo desde que tuve ante mí a una multitud vestida de uniforme. Estoy tan acostumbrado a la ropa de camuflaje que tuve que llevar a diario durante varios años que, aunque ya no estoy en el ejército, todavía busco ese estampado entre los civiles. A veces echo de menos no tener la responsabilidad de elegir qué debía ponerme. Siempre que descuelgo del armario una de las chaquetas que me acaban de devolver de la tintorería me acuerdo de la de mi uniforme de combate del ejército, cuya tela estaba tan acartonada de pasar los días cubierta de arena y suciedad que se arrugaba durante las horas de marcha bajo el calor de Georgia. Me meto una mano por dentro de la camisa para tocar las placas de identificación que llevo colgadas al cuello.

No soy de esos soldados que lucen las placas como una condecoración que los llena de orgullo, ni de los que

las utilizan para que los inviten a copas en los bares de la zona; las llevo porque el peso del metal en el pecho me mantiene con los pies en la tierra. No creo que me las quite nunca.

—Hace un poco de frío —dice mi madre al tiempo que suelto las placas y apoyo las manos en el regazo.

—¿Quieres mi chaqueta? —le ofrezco, pero niega con la cabeza.

—Es que tienen que mantener frío el cadáver —afirma una voz que reconozco.

—Veo que sigues siendo el mismo cabrón de siempre —respondo, y me levanto para abrazar a Silvin. Está mucho más delgado que la última vez que lo vi.

—Y no tengo intenciones de cambiar —suelta dándome un golpecito en el brazo.

Mi madre le dirige una mirada de desaprobación.

—Pues te vendría bien —le dice, y ella también le da un golpecito, pero con un poco más de fuerza que el suyo.

—¿Cuántas veces habré oído esa frase? —Silvin abraza a mi madre y ella sonríe.

En las pocas ocasiones en que han coincidido, a mi madre siempre le ha caído bien Silvin, aunque se comportara como un imbécil desagradable con un vulgar sentido del humor. Ese mismo humor de mierda fue el que nos hizo reír en los momentos más difíciles y oscuros de nuestra vida, así que también me caía bien a mí.

—¿Cómo estás, tío? —le pregunto en un tono infor-

mal, aunque sé que lo más probable es que esté sufriendo más que mucha de la gente que está en la iglesia. Como me pasó a mí la última vez.

Se aclara la voz y parpadea un par de veces, con los ojos rojos. Antes de contestar, se le escapa un resoplido y se le desinflan las mejillas.

—Estoy bien. Bueno..., sí, estoy bien. Aunque preferiría estar en Las Vegas jugando a las máquinas tragaperras, con una actriz porno forrada de pasta —dice con una risa nerviosa.

—Y quién no... —Me río con él, con cuidado para no ponerle las cosas más difíciles. A veces es mejor no profundizar demasiado y permanecer en la superficie, donde uno puede evitar los sentimientos—. ¿Te sientas con nosotros o ya tienes sitio? —pregunto a continuación.

—Martin, que no estamos en un puto concierto —me responde entre risas. Se acerca y se sienta junto a mi madre.

La retorcida risa de Silvin es el único resquicio de felicidad en toda la iglesia, aunque la use para enmascarar la enorme tristeza que siente. Una tristeza que casi da la impresión de desprenderse del techo del edificio. Una tristeza que se te mete muy dentro y que jamás desaparece, sino que está siempre presente. El peso de todo lo que has vivido te corre por las venas y se aposenta justo encima de tus hombros.

Silvin suspira y descansa la espalda en el banco, desplomándose en el asiento de madera como si intentase

traspasarle un poco del peso que su cuerpo soporta. Mira hacia el frente, con la vista perdida en un recuerdo que se niega a desaparecer y que le impide estar en paz consigo mismo. Es demasiado joven para parecer tan mayor. Ha envejecido muchísimo desde aquella época en que todo el pelotón lo llamábamos *Carita de Niño* con nuestro mejor acento sureño: es de Misisipi, y en nuestro primer despliegue parecía que tenía quince años. No obstante, ahora se ve mucho mayor. Carita de Niño ha madurado un montón desde aquel día en que del cielo llovían restos de lo que parecían trozos de atún crudo que le salpicaban la cara. A mi mente le hizo falta otra explosión para asimilar el terror que sentí al darme cuenta de que esos trozos eran restos de carne humana y no de pescado. Estaba tan cerca que un dedo con una alianza aterrizó junto a mis botas de combate. A Johnson se le desfiguró el rostro cuando se volvió y se percató de que Cox, su hermano de batalla, ya no estaba a su lado. Vi algo en su mirada, cómo el más débil de los destellos se apagaba cuando levantó el arma que llevaba a la altura de la cadera y siguió su camino. No volvió a nombrar a Cox y, en su funeral, se sentó en silencio junto a su viuda, embarazada, que no dejaba de llorar.

Ahora que lo pienso, es sobrecogedor lo mucho que me recuerda este momento a aquel funeral.

En la iglesia, miro a mi alrededor en busca de un reloj. ¿No debería estar a punto de empezar ya? Quiero acabar con todo esto antes de ser realmente consciente

de por qué hemos venido hoy aquí. Todos los funerales son iguales. Al menos, en el ámbito militar; llevo sin ir a un funeral civil desde que era un crío. Habré asistido al menos a diez funerales desde que me fui de casa para empezar mi entrenamiento básico. Ya van diez veces que me siento, en silencio, en el banco de madera de una iglesia y observo los rostros de los soldados que miran al frente, con los labios apretados en una fina línea bien entrenada. Diez veces que veo cómo los niños, que no entienden la vida y mucho menos la muerte, corretean entre los pies de sus padres. Diez veces que los sollozos interrumpen el silencio de los presentes. Por suerte, sólo la mitad de los fallecidos estaban casados y tenían hijos, así que únicamente he visto a cinco viudas, hechas un mar de lágrimas, cuyas vidas han quedado destrozadas y han cambiado para siempre.

A menudo me pregunto cuándo se acabarán las llamadas. Cuántos años tendrán que pasar para que podamos dejar de asistir a estas reuniones. ¿Seguirán llamándonos cuando seamos viejos y tengamos la cabeza llena de canas? ¿Asistirá Silvin a mi funeral o iré yo al suyo? Yo siempre me presento, como Johnson, al que veo con el rabillo del ojo. Stanson también ha venido, con su hijo recién nacido en brazos. Todavía está en el ejército, pero incluso los que ya no estamos en activo venimos. Una vez viajé al estado de Washington por un tío al que apenas conocía, pero que era un gran amigo de Mendoza.

Hoy hay más gente de lo habitual, aunque, claro, el

fallecido caía mejor que la gran mayoría de nosotros. No puedo pensar en su nombre ni decirlo en mi mente. No quiero pasar por eso o hacérselo pasar a mi madre, a quien he recogido en Riverdale para que me acompañase. Le tenía cariño, como todos.

—¿Quién es esa mujer de ahí? —me pregunta ella, y empieza a toser. Con el dedo, señala a una mujer que no reconozco.

—Ni idea, mamá —susurro.

Silvin ha cerrado los ojos con gesto triste, y yo miro hacia otro lado.

—Estoy segura de que conozco a esa mujer... —insiste mi madre.

Entonces, un hombre de traje sube al altar. Ha llegado el momento.

—Mamá, que ya va a empezar —la corto.

Echo un vistazo a los bancos de la iglesia en busca de Karina, pues ya tendría que haber llegado. Mi madre vuelve a toser. Últimamente tose cada vez más. Ya lleva dos años con esa dichosa tos, o puede que más. A veces desaparece, y ella obtiene su recompensa por haber dejado de fumar. En cambio, otras, tiene una tos productiva y se queja de que, para eso, le valdría más la pena encenderse un Marlboro. Llevo discutiendo con ella la mitad de mi vida, desde que tenía diez años y oí cómo el médico le decía que iba a perder el pulmón si no dejaba de fumar; y ya toma bastantes medicamentos al día. La miro mientras se pasa el pañuelo de tela por los labios,

con una tos persistente. Cierra los ojos cansados durante un segundo y, después, vuelve a fijar la mirada vacía en el altar lleno de flores. El ataúd está cerrado, como era de esperar. Nadie quiere que los niños vean un cuerpo que apenas se puede reconocer.

«Joder», pienso. Tengo que parar. Sólo Dios sabe las horas que me he pasado con profesionales médicos a quienes habían encargado la misión de curarme, así que cualquiera pensaría que se me daría mejor desechar esa clase de pensamientos. Pero las técnicas que nos enseñan nunca funcionan. La oscuridad sigue ahí, inamovible. A lo mejor debería decirle al gobierno que pidiera la devolución del dinero invertido en mi terapia. Ellos se hicieron cargo de los gastos, como debían hacer, pero ¿sirvió de algo? Es evidente que no. Ni para Silvin, ni para mí, ni para el cuerpo que yace ahora en el ataúd.

«Cuenta hacia atrás —me decían cuando empezaba a pensar en todo eso—. Cuenta hacia atrás y piensa en algo que te llene de alegría o de paz. Siente los pies en el suelo, confirma que ahora estás a salvo.»

Cuando necesito calma, pienso en ella. Ha sido así desde que la conocí. Sin embargo, apenas dura unos minutos, hasta que vuelvo a la realidad y quiero darme de hostias por haber provocado que ya no esté en mi vida, y me sumerjo más en la oscuridad.

No me da tiempo a acabar mi sesión de autoterapia.

—Vamos a empezar. Por favor, que todo el mundo tome asiento. —La voz del encargado del funeral es sua-

ve y tranquila, para nada afectada. Debe de hacer esto un par de veces a la semana.

Todos los presentes se callan y la ceremonia da comienzo.

Nos quedamos un rato más sentados después de la misa, mientras varias personas se ponen en fila para dar el último adiós. Silvin llama mi atención y señala hacia arriba, como si intentase decirme algo. Cuando levanto la mirada, alguien me da un par de golpecitos en el hombro. Mentiría si no dijese que, por un instante, esperaba que fuese Karina. Aunque sé que no es ella.

Y no es ella, claro. Es Gloria, de pie detrás de mí, con un vestido negro con algunas florecitas blancas cosidas al pecho. Creo que la he visto al menos diez veces con ese vestido. Diez funerales. Hoy ha sido un día de locos, desde encontrarme con Karina, con Silvin, hasta perder la oferta de un pedazo de chollo de cuatro viviendas adosadas justo a las afueras de Fort Benning, y ahora encima veo a Gloria, que siempre me recuerda a su marido.

—Hola, Gloria —la saludo. Me levanto del banco y le doy un abrazo.

Ella me lo devuelve y se aparta, pero luego vuelve a abrazarme.

—¿Cómo estás? He estado preocupada por ti. Nunca me coges el teléfono —dice, y hace una mueca—. Imbécil —susurra mirándome a los ojos.

—He estado hasta arriba de trabajo, y ya sabes que odio el móvil.

—Mira, los niños te echan de menos —repone poniendo sus ojos oscuros en blanco—, y me preguntan un montón por ti.

Los niños. El ácido de la culpa me sube por la garganta.

—Yo también los echo de menos —digo. Bajo la mirada a sus pies, donde habitualmente siempre tiene pegado al más pequeño de sus hijos—. Soy un mierda, prometo llamarlos más a menudo.

Sonríó y Gloria asiente y me deja librarme por esta vez.

Siento el peso de las placas alrededor del cuello. Una es mía, la otra es suya. Mi deber para con él me obliga a no acojonarme ante su pérdida y a estar presente en la vida de sus hijos para ayudarlos y apoyarlos, como le prometí que haría.

—Eres un mierda, sí —coincide Gloria, pero con una sonrisa dibujada en el rostro—. Pero hasta el tío Mierda tiene que llamarlos de vez en cuando. —Levanta la mirada y se fija en mi rostro—. En un primer momento no sabía si eras tú por esto —comenta pasándome las manos por la barba incipiente que me cubre la mandíbula.

—Ya. Ahora soy un hombre libre y estoy actuando en consecuencia.

—Estupendo. Me alegra verte, aunque tenga que ser aquí. Y a usted también —dice dirigiéndose a mi madre, que, sin interrumpir la conversación que mantie-

ne con la mujer que ha reconocido antes, la abraza y le da un beso en la mejilla—. Karina está estupenda —continúa Gloria, con los labios apretados y mirándome a los ojos—. Como siempre, pero parece... —hace una pausa y yo desvío la mirada— parece feliz, sí —afirma, y sonrío.

A Gloria siempre le cayó bien Karina, y un pajarito me ha contado que todavía quedan algunas veces, incluso tras mi marcha de Fort Benning.

Escudriño la iglesia intentando encontrar su cabello. Ha vuelto al moreno. Justo ese color que está entre «el castaño y el chocolate casi negro», me dijo una vez. Era el color que elegía cuando sentía que lo tenía todo bajo control. Controlar y cambiarse el color del pelo era uno de sus rituales. Tenía un montón de cositas que hacía para mantener el control, pero que disfracaba de golpes de suerte.

—Sí, me alegro por ella —respondo—. La he visto esta mañana. —No hace falta que me diga que ya lo sabe; no es difícil darse cuenta por la tranquilidad que muestra cuando se lo comento—. Bueno, ¿han venido los chicos contigo? —pregunto para cambiar de tema.

Gloria pone los ojos en blanco de nuevo y niega con la cabeza.

—No, están en Fort Benning con mi madre. Creo que ya han pasado por esto demasiadas veces.

—Como todos, ¿no?

—Pues sí, desde luego.

Una mujer se acerca entonces a nosotros y hace ademán de abrazar a Gloria. Parece conocerla y empiezan a charlar. Mi madre sigue inmersa en su conversación, así que busco otra vez a Karina. ¿Cómo puede ser que no la haya visto aún? La iglesia no es tan grande. Pero bueno, también es verdad que a ella se le da muy bien mezclarse con la multitud, esconderse entre las personas. Es una de sus *cosas*.

Oigo el nombre de Mendoza en la conversación que están manteniendo a mi lado e intento no escuchar cómo Gloria da comienzo a la función. He oído sus «gracias» y sus «estoy bien» muchas, muchísimas veces. Me da pena, pues siempre se ve obligada a vivir en el pasado. Es muy duro vivir ahí, y es todavía más duro dejarlo atrás. Yo lo entiendo mejor que muchos.

La voz de mi madre se abre paso a través de los saludos y las condolencias entre susurros que se dan a mi alrededor mientras yo estoy perdido en mis pensamientos.

—Mikael, ¿adónde quería ir tu hermana a estudiar? ¿A qué universidad? —pregunta con confusión en la mirada, a pesar de que habremos hablado del tema mil veces.

—Al MIT, en Massachusetts —le digo a la mujer con la que está hablando, y me percató de que es la madre de Lawson. Soy consciente de que es mejor persona que su hijo, pero no es que eso sea difícil. Después de pasar los últimos cuatro años juntos en el pelotón, y tras dos des-

pliegues en Afganistán, lo conozco mejor que su propia madre. Sin contar la muerte, la guerra es lo que más une a las personas. Aunque, en mi mundo, la guerra y la muerte van de la mano.

—Eso, eso, el MIT. Este año ha sido la mejor de la clase, como el anterior. Tendrá que esperar dos años más, pero estarían locos si no la aceptasen. —A mi madre se le está empezando a escapar el pelo del broche que lleva siempre. Me agacho un poco para apartárselo de la cara; los rizos que esta misma mañana le he ayudado a dar forma se están deshaciendo.

En ese instante me asalta el recuerdo de la risa de Karina cuando me quemé las yemas de los dedos con las tenacillas. Supe que era la persona más atenta y desinteresada que conocería en mi vida el día que se ofreció a enseñarme a rizarle el pelo a mi madre cuando nos dimos cuenta de que tenía las manos llenas de quemaduras. Muchas mañanas el temblor era tan fuerte que no podía hacerlo ella sola, pero mi madre era demasiado cabezota como para pedir ayuda.

No la visito tan a menudo como debería, pero le encanta que le rice el pelo siempre que voy a su casa. Dice que me ayudará a ser un gran padre en el futuro. Karina también lo decía, con la mirada propia de una persona que podía ver el porvenir. Sin embargo, al final resultó que no era así, y mi madre tampoco es adivina, pues todavía alberga esperanzas de que le dé nietos con los que perpetuar el apellido de la familia. No tiene pinta, la verdad.

Suspiro y saco el móvil del bolsillo; sin pensarlo, compruebo los mensajes mientras sigo observando el interior de la iglesia. Ahora está más vacía, así que será más fácil encontrarla. Al final, o me quedará claro que no está entre la gente o aparecerá de pronto del rincón en el que se esté escondiendo. Bueno, eso si no se ha escabullido, claro, y, conociéndola, es muy probable que...

—Dory, estoy aquí.

La suave voz de Karina me sobresalta, pero, al mismo tiempo, una oleada de alivio me recorre el cuerpo.

—Aquí estás. Todo el mundo está hablando de ti y aquí estás, por fin —dice mi madre.

Karina junta las cejas y niega con la cabeza.

—Habladurías, como siempre. —Curva los labios y forma una sonrisa; después rodea los hombros de mi madre con los brazos y le da un suave estrujón.

Acto seguido, hunde los dedos en su pelo y le quita el broche. Con delicadeza, le riza los mechones y se los sujeta de nuevo tal y como le gusta a ella, y lo cierto es que se le da muchísimo mejor que a mí. Joder, han pasado por mucho desde que todo empezó. Me reconcome la culpa de que, a causa de todo lo que ha sucedido, mi madre ya no pueda tener a Karina en su vida. No es lo mismo que con Gloria, quien imagino que debe de conducir diez minutos hasta su casa, pues mi madre ya no puede hacerlo.

—¿Quieres salir un rato? —le pregunta Karina a mi madre—. El ambiente está un poco cargado aquí dentro.

Entonces desvía la verde mirada hacia la vidriera de la iglesia.

Mi madre la sigue, pero las dos se vuelven hacia mí, que me he quedado petrificado.

—¿Qué haces? —dicen al unísono.

—¿Os acompaño? —me ofrezco, y miro a Karina.

Ella me observa con los labios entreabiertos, pero no dice nada. Cuando nos disponemos a salir, me vibra el teléfono en la mano y, antes de contestar, mis ojos se cruzan con los de Karina. De inmediato, le lanza una mirada fulminante al móvil, uno de sus peores enemigos. Espera que conteste, como siempre, así que no lo hago y no dejo de mirarla. Se pasa la lengua por los labios, pero sus ojos delatan lo sorprendida que está y la sensación que la embarga por haber ganado una batalla. No importa, sólo es uno de mis contratistas.

—¿Vamos? —le pregunto, manteniéndome en mi postura de que le estoy siguiendo el juego, o, al menos, intentándolo.

Karina asiente y, con ella a la cabeza, salimos de la iglesia mientras el repiqueteo de las campanas resuena en el aire.